

CUENTOS CANÍBALES

ANTOLOGÍA DE NARRADORES COLOMBIANOS

loqueleg

Índice

Prólogo	7
<i>Luz Mary Giraldo</i>	
La magia del Joe Domínguez	21
<i>Pedro Badrán Padauí</i>	
Gorgona	39
<i>Juan Carlos Botero</i>	
María de mis sueños	51
<i>Jorge Franco</i>	
Muy cerca del mar te escribo	59
<i>Santiago Gamboa</i>	
Alexander Selkirk	81
<i>Mario Mendoza</i>	
Jugar el juego	99
<i>Luis Noriega</i>	
Avatares de un nuevo Judas	129
<i>Édgar Ordóñez</i>	
La visita del condotiero	197
<i>Enrique Serrano</i>	
Semejante a la vida	203
<i>Ricardo Silva Romero</i>	

Kamandil Viarko	241
<i>(Fragmento de una novela inédita)</i>	
<i>Antonio Ungar</i>	
Lugares para esconderse	277
<i>Juan Gabriel Vásquez</i>	
Estudio de la obra	303
<i>Diana Ospina</i>	
Luz Mary Giraldo	315
Pedro Badrán Padauí	316
Juan Carlos Botero	317
Jorge Franco	318
Santiago Gamboa	320
Mario Mendoza	321
Luis Noriega	322
Édgar Ordóñez	323
Enrique Serrano	324
Ricardo Silva Romero	325
Antonio Ungar	326
Juan Gabriel Vásquez	327

Prólogo

Por Luz Mary Giraldo

Después de las grandes rabias y los hermosos errores

7

Dice Olga Orozco en uno de sus poemas “que fundaba mundos de visiones sin fondo para sustituir los jardines del edén/ sobre las piedras del vocablo”. De eso trata la literatura: con las palabras inventar el paraíso u ocultarlo, dar forma a la vida, mostrar sus desórdenes o justificar la existencia. ¿Cómo hacerlo en tiempos de crisis? ¿Cómo, cuando la incertidumbre, el escepticismo y lo provisorio se imponen? Sabemos, y lo afirma George Steiner, que si “la Palabra fue ‘en el principio’, también puede serlo en el final”.

Iniciado el siglo XXI, las expresiones culturales, sociales y artísticas manifiestan el resultado de cambios vertiginosos que, en el caso de nuestra literatura, se presenta en la simultaneidad de varias promociones de escritores cuyas tendencias no corresponden única y necesariamente a las nociones tradicionales de generación. La reconocida aceleración del tiempo histórico no da tregua para

confirmar el tipo de cambios sucedidos, tal como se concebía en épocas pasadas cuando en un lapso de veinte a veinticinco años, según fecha de nacimiento de los autores y de acuerdo con sus inquietudes temáticas y formales, se definían pautas generacionales. Desde hace un tiempo se registra que cada cinco o diez años surgen y se promueven nuevas voces y tendencias que jalonan o se distancian de las anteriores, dándose en el mismo momento el caso de escritores jóvenes que revolucionan con sus temáticas, otros con “viejos” registros literarios, o escritores de mayor edad o trayectoria con visiones o expresiones renovadoras. Más que los temas o las formas, es la sensibilidad de época la que se impone en cada “promoción” para definir aparentes distancias o cercanías generacionales.

Esa diversidad se anunciaba al cerrarse la década de los setenta cuando algunos narradores, nacidos en los años cuarenta o un poco antes y hasta mediados de los cincuenta, buscaron expresarse desde diferentes perspectivas y estéticas, poniéndose a tono con el espíritu de una época ceñida a necesidades de revolución social, cultural y literaria. Años más tarde se reconoció en la narrativa colombiana la necesidad de dar “un largo adiós a Macondo”, equivalente a lo que en los otros países latinoamericanos significó despedir el *boom* narrativo de los sesenta que, como han dicho algunos críticos, dio origen a los llamados “hijos de Cortázar” e “hijos díscolos” de Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, José Lezama Lima o Alejo Carpentier. El balance se concreta en una literatura en la que prima el distanciamiento de lo

rural y del realismo mágico, mítico y maravilloso, y se dé la consolidación de visiones propias de la complejidad de la vida y el ser urbanos.

Si ellos mostraron el deseo de romper con las figuras patriarcales y los códigos del *boom* narrativo, los de años recientes no parecen tener mayores conflictos con autor alguno o con un pasado ejemplar. Al buscar autonomía quisieron distanciarse de sus antecesores contemporizando con las nuevas posibilidades del pensamiento y las ciencias sociales y, a través de un lenguaje experimental y una actitud contestataria, desde entonces han explorado y evidenciado la crisis de valores en el mundo moderno, expresando sus diferencias con lo establecido, con la cultura normalizada y con la historia oficial. Exceptuando la narrativa de las autoras que se dan a conocer en la década del setenta o un poco más atrás (Fanny Buitrago, Alba Lucía Ángel, Helena Araújo, Flor Romero y Marvel Moreno, por ejemplo), las narradoras más recientes, nacidas entre 1946 y 1960, parecen llegar tarde a la prosa, reconociéndose sobre todo en la última década del siglo XX con novelas o cuentos cuyas escrituras oscilan entre la literatura negra, la policíaca, la testimonial, la de identidad femenina o la intimista, como es el caso de Lina María Pérez, Laura Restrepo, Piedad Bonnett, Carmen Cecilia Suárez, Susana Henao, Ana María Jaramillo, Sonia Truque, Consuelo Triviño y Colombia Truque, por citar algunas.

Los más jóvenes, nacidos durante los sesenta y los setenta, la gran mayoría con formación universitaria y con estudios en letras pertenece a una cultura polivalente en